CAPITULO XV.

La prision.

En aquella situacion, que acabamos de referir, se hallaban los míseros españoles defraudados tan pérfidamente de sus esperanzas; San Pedro Bautista, regresando de Fugimí á Meaco tomaba el mayor empeño en salvar la nave de San Felipe. Pero no pareciéndole bien abogar personalmente esta causa ante Taicosama y sabiendo al mismo tiempo cuan poderoso y tambien amigo de los franciscanos fuera el gobernador Guenifoin, le recomendó á los afligidos y abandonados españoles: y en verdad, que para desempeñar bien este encargo, no podria haberse acercado á persona mas conveniente, porque ninguno mejor que él conocia el tratado de alianza celebrado por medio de los embajadores de Luzon entre esta isla y el Japon; siendo ademas testigo de vista de todó lo que el emperador hubiera hecho á favor de los franciscanos, á quienes él mismo de su órden habia señalado el lugar para la fábrica del convento y de la iglesia de Santa María de los Angeles. Y en efecto, aquel gobernador, prestándose de buena voluntad á los ruegos de Pedro Bautista, se dirijió en el acto á palacio para servirlo; pero muy pronto quedaron desvanecidas sus esperanzas, porque el pérfido virey de Urando, no contento con haber urdido las mas negras asechanzas contra los españoles y los franciscanos, habia ya informado anticipadamente de su proyecto al impío Yacuino: quien aprovechando inmediatamente aquella ocasion tan favorable para efectuar sus malvados designios, se presentó en la corte en compañía de varios enemigos de los misioneros, escogidos entre los mas ancianos bonzos é íntimos familiares del emperador, y logrando la oportunidad de hablar con Taicosama, se esplicó en estos términos.

"Llegado ha sido el tiempo, señor, que os desengañeis respecto de

esos frailes de Luzon, enemigos implacables no solo de nuestras creencias pátrias, sino tambien de vuestro imperio; y bien lo prueba la nave arrojada por contrarios vientos sobre las costas de Urando. Porque, armada á guerra, y provista de soldados y armas de todo género, tenia ademas á bordo algunos de esos frailes espresamente despachados por el rey de Castilla á hacer prosélitos en el Japon, con el fin de conquistarlo en seguida con ayuda de los mismos. Abrid, pues, Señor, los ojos; porque esto puntualmente á sucedido en la Nueva España el Perú y en la misma isla de Luzon, y sin la menor duda acaecerá mas ó menos tarde á vuestro reino, si violentamente no salís del engaño. Tiempo es ya, de que retirando vuestra proteccion á estos furiosos cristianos, los estermineis junto con sus doctores, reos cuando menos de lesa magestad, puesto que contra las leyes del Estado, no cesan de predicar la religion de Cristo y de inspirar en el corazon de vuestros súbditos, ódio mortal á los gloriosos dioses del Japon."

Yacuino, ademas de fanático bonzo, tenia el oficio de médico predileeto de Taicosama, por lo cual hallándose sus pérfidas insinuaciones enteramente conformes á las espresadas en la carta del virey de Urando, no dejaron de llamar fuertemente la atencion del emperador. Sin embargo, recordando cuanto habia hecho á favor de los franciscanos y la elevada dignidad de embajadores de Luzon que tenian en el Japon, no se rindió de luego á luego á obsequiar los deseos de Yacuino. Y cicrtamente, ¿cómo ser persuadido, de que aquellos pobres frailes, á quienes muchas veces hubiera recomendado en presencia de toda su córte, fuesen capaces de urdir tales traiciones en su contra? Su vida apostólica, la heroica caridad en prestar todo género de auxilios á centenares de infelices, la calidad misma de sus costumbres pobres y modificadas, ¿no eran por ventura solemnes argumentos de la falsedad de las acusaciones dirijidas en su contra por Yacuino? No hay duda que el suceso de la nave de San Felipe, habia al principio turbado en gran manera la alma desconfiada de Taicosama; pero ¿quién le aseguraba que ella verdaderamente se hubiera armado para hacer la guerra? Así es que al fin agitado por tan diversos afectos, respondió friamente á su médico y á los que le acompañaban: "Bien está todo esto; pero diciendo francamente mi sentir, no tengo motivo de quejarme de los frailes de Luzon, sino mas bien de

Faranda Rhiemon que me los trajo, y de Fungen, que muchas veces me aseguró ser muy buenas personas, amigos mios sinceros, y muy dignos por lo mismo de mi proteccion."

Hallabase allí casualmente un hijo del mismo Fungen, que viendo al emperador tan airado contra su padre, le respondió: "Señor, teneis razon de quejaros de los frailes de Luzon, porque con tanto ardor han predicado su religion, que si pronto no se pone remedio, dentro de poco todos nos hariamos cristianos. Pero no por eso debe condenarse á mi padre, que demasiado lo ha sentido, y no ha dejado de amonestarlos repetidas veces dejaran de predicar su ley, severamente proscrita por vos por repetidos decretos." A lo cual Taicosama, fingiendo ignorar cuanto habian trabajado los franciscanos en Meaco y otras partes por la propagacion de la fé católica, le contestó muy colérico: "¡Como! ¿con que tu padre sabia que los frailes predicaban la religion cristiana y jamas lo puso en mi conocimiento?" A lo que el joven replicó francamente: "No lo hizo, Señor, porque conociendo bien cuanto los protejiais anteriormente, temió incurrir en vuestra indignacion, si se hubiera atrevido á denunciaros un hecho, que pasaba á nuestros mismos ojos." Pero basta, añadió por último Taicosama, bien sé los motivos que me dan derecho de mandar á todos al suplicio.

Tales fueron las últimas palabras del emperador, y que hicieron creer á Yacuino haber llegado á la mitad de sus perversos designios; pero en este momento se presentó Guenifoin, y aunque conociendo la mala hora en que habia llegado, sin embargo, oyendo la sentencia fulminada por la boca del mismo Taicosama contra los franciscanos, tuvo el valor de hablarle con esta resolucion:

"Señor, la palabra salida de los lábios de un rey debe ser fielmente guardada; si jurasteis vivir en alianza y amistad con la España y la Isla de Luzon, ¿cómo podreis confiscar la nave arrivada al puerto de Tosa? ¿no convenisteis con los embajadores venidos de Manila, que habria libre comercio entre esa ciudad y el Japon? Por lo que mira á los franciscanos, recordad que vinieron encargados de esa embajada de parte de Gomez Perez de Marinas, virey de Luzon, y por tales los reconocisteis y honrásteis, consintiendo últimamente que residieran en cualquier lugar de vuestro reino, y aun vos mismo los ayudasteis con grandes limosnas

para que fabricaran casas dentro de Meaco; y si despues principiaron á predicar su ley y á prestar auxilios á los pobres de la ciudad y á los leprosos, no fué sin vuestra aprobacion, y de que disteis testimonio y guardásteis silencio."

A estas palabras nada respondió Taicosama; pero al momento Yacuino, temiendo no mudase de parecer, replicó: "Bien está todo esto, mas el emperador fué engañado, y por otra parte, un príncipe puede faltar á sus promesas, cuando estas no son útiles al Estado." Y el emperador que buscaba un pretesto cualquiera que justificase el decomiso de la nave española, y al mismo tiempo la sentencia que poco antes habia fallado contra los apóstoles franciscanos, y que ya meditaba en su interior, aprovechando esas últimas palabras de Yacuino, y devorada su alma por la sed del oro, lleno de cólera contestó: "Demasiado cierto es que desde el punto que estos frailes existen en mis dominios, ninguna ventaja me ha resultado á mí, ni bienes á mis súbditos. Yo los he honrado y aun permitido que fabricaran casa en mi reino; y ahora en lugar de mostrarse agradecidos á mis beneficios, cuando la fortuna ha hecho caer en mis manos la nave española llena de grandes tesoros (que en virtud de las leyes del país me pertenecen), se han valido de todos los medios posibles para que los perdiera; lo que es una señal evidente de que son mis enemigos, y de que la dicha nave ha sido enviada contra mi imperio. Merecen por lo mismo un severo castigo."

No pareció conveniente al gobernador Guenifoin hacer nuevas observaciones á lo que acababa de escuchar, por temor especialmente de no encender mas contra los franciscanos la ira del tirano, quien aunque no habia pronunciado contra ellos una formal y decidida sentencia, dió á entender lo bastante, que cualquiera esperanza de salvarlos seria enteramente inútil. La junta, pues, se disolvió en el acto, con suma alegría de Jacuino y demas enemigos de la religion cristiana.

San Pedro Bautista entre tanto, hallábase con sus santos compañeros, tranquilo y confiado en Dios, esperando en el convento la vuelta de Guenifoin. Y cuando llegó éste y le refirió el resultado de la conferencia tenida con el emperador, especialmente sobre la suerte de la nave de San Felipe, el santo comisario sin prorumpir en ninguna espresion de queja ó de lamento, alzando los ojos al cielo, ofreció á Dios en holocaus-

to su propia vida y la de sus hijos. Y dando gracias á Guenifoin, como si ningun peligro le amenazase, continuó sus santas prácticas, sobre todo en las amorosas y benéficas que prestaba á los pobres de los hospitales, sin ningun temor del mundo. ¿Pero qué habria podido espantarlo? ¿No deseaba acaso de mucho tiempo atras dar la vida por Cristo? Animado de aquella caridad que todo lo sacrifica en bien de otros, habia emprendido largos viajes, afrontado peligros, sufrido persecuciones, socorrido tantos miserables, convertido á la cruz millares de idólatras. Verdadero imitador de su gran Patriarca Francisco, habia empleado su vida siempre y en todas partes en bien de sus hermanos. Llegada era, pues, la hora de recibir el premio de tantas fatigas, de tantas lágrimas enjugadas, de tantos corazones consolados, de tantas almas redimidas. Conocia ya que Dios lo llamaba á sí, y por esto desde aquel instante, poniendo en sus manos su propia causa, vivió confiando mas que nunca en el auxilio de la Providencia.

Por el mismo tiempo, noticioso el Illmo. Obispo Martinez de lo ocurrido á la nave San Felipe, habia llegado á Meaco el 16 de Noviembre, con objeto de tentar algun modo de salvarla, y conjurar juntamente la tempestad de la cabeza de los franciscanos, á quienes ciertamente no fué de poco lenitivo su venida, especialmente cuando pasando á visitarlo, recibieron de él aquellos consuelos de que tanto necesitaban en aquella tribulacion.

Empero, los nobles esfuerzos de aquel digno prelado fueron enteramente inutiles; así es que dejando sin dilacion á Meaco, se dirigió á Osaca para regresar de nuevo á su residencia de Nagasachi. Sin embargo, Guenifoin, por su parte no cesaba, un punto de protejer á los franciscanos y defender igualmente la causa de los españoles prisioneros en Tosa. Y tal vez al fin habría logrado mitigar la cólera del emperador; pero en aquel momenro arribaron á Meaco el gobernador Gibongio y el mismo virey de Urando con las armas y riquezas de la nave de San Felipe; dominados ambos de una feroz malignidad, confirmaron á Taicosama en la sospecha ya concebida contra los franciscanos y en cuanto en su contra habia dicho Yacuino, pintándolos como enemigos del imperio, mandados espresamente por ese rey, para reunir proselitos y con su ayuda conquistar el Japon, como habia sucedido en otros muchos países y especialmente en la isla de Luzon. Ademas que ya no habia motivo de dudarlo, por haberlos certificado de tales intentos la confesion de un piloto de la misma nave apresada en el puerto de Tosa, á quien habiendole preguntado si era cierto que el rey de Castilla, antes de conquistar tierras enemigas, mandaba primeramente misioneros, habia contestado afirmativamente; que por lo mismo habia llegado el momento de su castigo, como de hombres enemigos del imperio. Mas fácil es concebir que espresar con palabras lo airado del emperador con semejante noticia. Encéndiose de nuevo su cólera y arrebatado de furor, mando que los franciscanos fuesen arrestados inmediatamente en sus propios conventos, y custodiados por tropas mientras disponia lo comveniente en aquellas crtíicas circunstancias.

A ocho de Diciembre dia dedicado á la Inmaculada Concepcion de María, hallabanse los franciscanos en su pequeño conbento de Nuestra Señora de los Angeles de Meaco, meditando en union de otros muchos cristianos, y contemplando las glorias de tan estupendo misterio, cuando repentinamente oyeron gran rumor de gente armada. Desde luego comprendió S. Pedro Bautista lo que era y cual el motivo de su venida, y dirigiéndose á sus compañeros, les dijo: "Hermanos, ha llegado el momento en que debemos mostrarnos fuertes y constantes en los padecimientos que nos han preparado los enemigos de Dios. Valor y paciencia, pues ha sonado la hora de la prueba." En efecto, á pocos instantes se les presentó el pérfido Gibongio al frente de una numeroso soldadesca, y en tono amenazador mostrándoles la órden recibida de Taicosama, y haciendo rodear el convento de guardias, les intimó que ninguno saliese de el, pena de la vida. De esta manera quedaron arrestados los religiosos Pedro Bautista comisario, Francisco Blanco sacerdote, Felipe de las Casas corista, y los dos hermanos legos Gonsalo Garcia y Francisco de la Parrilla con los terceros que se hallaban presentes Leon Garasuma, Pablo Suzuqui, Tomás Ydanqui, Buenaventura de Meaco y Gabriel Duizco, ademas Francisco el médico, Cosme Taquia, Juan Quisuja, Miguel Cosaqui, Pablo Ybarchí, y su sobrinito Luis Ybarchí, todos los cuales quedaron presos en el convento. A poco llegó Ufioijo hijo del Gobernador Fungen, con una lista de todos los cristianos que servian en Meaco á los franciscanos en el oficio de catequistas ó en el de enfermeros en los hospitales y sin decir una pa-

labra enretiro: lo mismo pasó en el propio dia en Osaca, donde fueron rodeados de guardias tanto el colegio de los padres de la Compañia de Jesus como el convento de los franciscanos, en que residian San Martin de Aguirre con el oficio de presidente y los tres terceros Joaquin Saquiye, Antonio de Nagasachi y Tomás hijo de Miguel Cosaqui. Para dar ahora á conocer á nuestros lectores el gozo y Santo entuciasmo con que se preparaban los franciscanos á dar la vida por Jesucristo, copiaremos la siguiente carta de San Pedro Bautista dirrijida á San Martin de Aguirre poco despues de su prision.

"Jesucristo sea siempre con vosotros. Por vuestra última he recibida, carísimo hermano, grande consuelo, mirando que no solamente os conserva Dios la salud, sino que tambien os ayuda poderosamente á inflamar á los cristianos en su santo servicio y disponerlos á sufrir por su amor toda clase de tribulaciones y angustias. ¡Bendito sea por siempre el Señor! A nosotros nos pasa lo mismo; porque os hago saber que estamos muy alegres y consolados en Dios al ver las numerosas guardias que por dentro y fuera rodean el monasterio; y con mucha razon, porque es una sigularísima gracia para nosotros padecer persecuciones y angustias por su amor. Desde luego os escribí, dandoos noticia de cuanto aquí ha pasado, pero no habiendo recibido ninguna respuesta, y temiendo que no hayais recibido mi carta, creo conveniente repetiros en breve cuanto en ella os decia.

"En el mismo dia en que por conducto Cayo me disteis noticia de lo ocurrido allí, fuimos rodeados de guardias y aprisionados en nuestro convento, y á decir verdad, quedamos poco sorprendidos de lo que nos anunció nuestro hermano Cosme, de que al dia siguiente seriamos todos conducidos á la muerte. Así es que en la noche nada dormimos, disponiéndonos á morir, confesándonos mútuamente y tambien á muchos cristianos, que en la misa que celebré á la madrugada les administré la santa comunion, y despues con el fin de animar á los cristianos á no volver las espaldas, sino á estar bien preparados á dar la vida por Cristo, ordené á Fray Gonzalo que les predicase, lo que hizo en efecto, oyendo todos voluntariamente su plática, y cuando esta terminó le respondieron todos llenos de fé, que deseaban tener no una, sino cien vidas, para sacrificarlas todas por amor de aquel benigno Señor, que por bien de sus almas

habia muerto antes en la Cruz; y que aunque diesen la vida por Cristo, lo juzgaban pequeña cosa, siendo pecadores y por esto indignos de tanto favor.

"Términada la misa (que todos oyeron con mucha devocion y casi llorando de alegría) llegaron al convento muchos ministros de justicia, que á guisa de endemoniados, todo lo saquearon, hasta las cosas de la iglesia; y dentro de poco oímos decir haber llevado consigo muchas cuerdas y cadenas para atarnos y conducirnos en seguida al suplicio, lo que nos confirmó mucho mas la nueva llegada del lugarteniente de uno de los gobernadores de Meaco, á la cabeza de mucha gente armada. ¿Y quién podria contar el júbilo y gozo que esperimentamos todos en nosotros mismos? ¡Cuántas gracias dimos á Nuestro Dios y Señor, pareciéndonos venida ya la dichosa hora de tener parte en su santo reino y permutar esta nuestra vida mortal en sempiternos goces! ¡Oh! la alegría de nuestras almas llegó á su colmo, cuando el mismo gobernador, poniendo encima las manos á los santos predicadores Leon, Pablo, Buenaventura, Tomás y Gabriel, los hizo trasladar atados á la cárcel pública donde todavía se hayan; y aunque mucho sufrieron en el largo viaje, valerosos no obstante y confiados en Dios, no dejaron de predicar su santo nombre á los gentiles. Escribiéronme despues desde la cárcel una carta muy tierna, en la que me daban noticia cierta de que perderian la cabeza por ser cristianos, añadiendo en seguida, con mucha fé, hallarse muy alegres y contentos, deseando ardientemente sufrir por amor de Dios nuevos y mayores tormentos, no pensando en otra cosa que en volar pronto al paraíso, para gozar eternamente con los ángeles aquel descanso feliz, para el que solo habian sido creados y redimidos; rogándome por último, que en compañía de sus cohermanos los encomendara al Señor, á fin de padecer con resignacion y constancia la muerte por su amor. Y por cierto no he dejado de consolarlos en una carta, diciéndoles tuviesen ánimo, porque Dios les daria esfuerzo en el dia de la última prueba.

"Mientras vivimos con la esperanza de que á todos nosotros nos sucederá lo mismo, porque, considerad, carísimo hermano, la profunda tristeza que se apoderó de nuestros corazones cuando juzgamos que íbamos á permanecer en el convento. ¡Oh! ciertamente, nuestro dolor fué grande por habernos parecido por un momento, que Dios, como indignos, nos

negaria la gracia de perder la vida en testimonio de su santo nombre, por nuestros muchos pecados. Pero no por esto nos falta el ánimo, antes esperamos confiadamente, que se servirá escuchar nuestros fervorosos ruegos. Mas, de todos modos, tenemos por gran fortuna estar presos por él, en poder de los soldados, que son en tan gran número los que rodean nuestro convento, que es imposible despachar fuera una sola carta; porque no permiten á los cristianos la entrada á nuestra iglesia. Entre tanto, hermano mio, no dejeis de encomendaros á Dios, así como á todos los otros fieles, á quienes hareis saber, que nosotros igualmente rogamos por ellos. No desmayeis, pues, y permaneced tranquilos en el auxilio de su Divina Majestad, que jamás abandona á los suyos. Porque, realmente ¿qué es lo que hemos hecho, para haber merecido el cielo, y tántos y tan dulces consuelos? Podemos decir que aun no hemos dado principio á nuestro ministerio apostólico en bien de las almas: ¡y de cuántos beneficios no nos ha colmado siempre y en todas partes este nuestro amorosísimo Dios! Y aunque actualmente nos hallamos en medio de tantas angustias y trabajos, ¿no es acaso él quien consuela nuestras almas con la abundancia de divinos dones, y llena nuestro corazon de júbilo y santa alegría, solamente al pensar que tal vez dentro de poco padeceremos por su amor, persecuciones, tormentos y la muerte? ¡Oh! ¡con cuánto placer del alma aguardamos este feliz momento! *Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesuchristi, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* [1] En conclusion, jamás hemos tenido en nuestra vida tanto contento, como al presente, y me parece que no carecemos de razon. *Quoniam digni habiti sumus; pro nomine Jesu contumeliam pati.* Sí, porque en verdad, que sufrir por amor de Jesus tormentos y muerte, es la mas distinguida de todas las gracias que Dios suele conceder á sus criaturas. El Señor os asista con su divino auxilio: adios, carísimo hermano, no sé si podré escribiros mas, de esta prision de Meaco".—*Fray Pedro Bautista.*

Tales eran los sentimientos de fé en Dios y de la firme esperanza en el futuro premio, que animaban á los franciscanos ya encarcelados en ódio de la fé del Nazareno. Pero el júbilo de sus corazones, y la santa alegría de sus almas crecieron á lo sumo, cuando en el dia 13 de Diciembre

[1] Epíst. 2 á los Corinthios: cap. 1 v. 3,

presentándose Gibongio en el convento, les notificó de parte de Taicosama estar todos condenados á la muerte en ódio de aquella augustísima religion que por cuatro años no habian dejado de predicar. ¡Cuántos fueron entonces las estáticas manifestaciones de caridad y de fé, y cuán grande el olvido de todas las penas! Hé aquí los términos con que comunicó San Pedro Bautista la noticia á su querido cohermano P. Agustin Rodriguez, morador del convento de Nagasachi.

"Estamos rodeados, [le dice] dentro y fuera de guardias, y sobre nuestra cabeza y las de todos los cristianos, ha sido pronunciada sentencia de muerte; y por esto han sido puestos en lista nuestros nombres de órden del emperador. En el primer dia de nuestra prision, fué tal el fervor de reconciliarse con Dios, que Fray Francisco Blanco y yo gastamos toda la noche en oír sus confesiones; porque se nos notició por un cristiano, que al dia siguiente todos debiamos morir. Por lo cual, antes de salir la aurora celebré misa y administré la santa comunion á los demás religiosos, la que igualmente recibieron cincuenta cristianos. En seguida tomamos el crucifijo recomendándole nuestras almas. En la mañana del dia siguiente sobrevinieron mas japones, que se entregaron á recorrer todo el convento, y en pos de ellos un lugarteniente del gobernador Gibongio, que se llevó consigo á los santos predicadores Leon, Pablo, Tomás, Buenaventura y Gabriel, que todavía los retiene en su casa. Ignoro cómo terminará esta tempestad. Unos dicen que todos seremos degollados, y otros que remitidos á Filipinas. Pero para decir verdad, mas preparados estamos á morir que á volver á Luzon, aunque yo ciertamente no me creo merecedor de tanta gracia. Nuestro hermano Martin de la Ascencion desea con igual fervor de espíritu la misma suerte. Sea Dios bendito".—*Fray Pedro Bautista.*

El santo Fray Francisco Blanco escribió tambien una carta muy tierna á un cristiano amigo suyo, en la que así se expresa: "Cada dia estamos en espera de la muerte con inmenso júbilo de nuestro corazon, especialmente al ver á los cristianos desear tan fervorosamente dar la vida por Cristo, sintiendo gran dolor por la demora del verdugo. Pero lo que mucho mas nos fortalece y causa tombien nuestra admiracion, es el mirar no solo de Fugimi, sino aun de lugares mas remotos, correr los fieles á Meaco esclamando todos: "Si los cristianos deben morir por Cristo, nosotros

tambien queremos contarnos en su hermoso número." Pero á nosotros no se ha permitido hablar con ellos. ¡Oh, yo me avergüenzo de mí mismo, al ver hombres tan novicios en la fé, tan bien preparados á no espantarse de morir por Cristo!"

Adelante diremos con cuanta verdad haya sido escrita la espresada carta de San Francisco Blanco, en lo que dice de los cristianos. Por ahora nos conviene dejar á estos gloriosos apóstoles aprisionados en su propio convento, para referir algo de lo ocurrido á los demas religiosos moradores en aquel tiempo en el de San Francisco de Nagasachi.

Despues de la llegada de San Felipe de las Casas y la vuelta al Japon del venerable Juan el Pobre, eran once los hijos del Seráfico Padre en ese imperio: de estos se hallaban encarcelados en Meaco Pedro Bautista, Francisco Blanco, Gonzalo García y Francisco de la Parrilla, y en Osaca, el espresado Felipe y Martin de Aguirre, quedando en Nagasachi los venerables Marcelo de Rivadeneira, Bartolomé Ruiz y Agustin Rodriguez, poco antes mandado por el santo comisario de Meaco por su quebrantada salud, llamando en su lugar al P. Gerónimo de Jesus. De este último y de V. Juan el Pobre, que aun permanecia con los españoles, hablaremos mas adelante, y vamos á los otros. Cuando Taicosama dió la órden de notificar á los franciscanos de Meaco y de Osaca la sentencia de muerte, escribió á Fazamburo, gobernador de Nagasachi, que arrestando á los frailes de Luzon que allí moraban, los mantuviera presos en alguna nave de portugueses, hasta que hubiera oportunidad de mandarlos á Manila. ¿Qué causa hubo para esta excepcion? La historia no lo dice, ni es fácil conjeturarlo; porque si el delito porque fueron sentenciados á muerte sus demas hermanos, fué la predicacion del Evangelio, á ellos debia tocar la misma pena, habiendo sido no menos fervorosísimos predicares (algunos por mas de tres años) de la fé del Nazareno. Así es que admirando los inescrutables designios de la Providencia, que elije á la gloria á quien solamente le place, dejaremos este punto, ateniéndonos al simple hecho.

Llegada, pues, la mencionada órden á Fazamburgo, sin mas dilacion, despachó al convento de San Francisco muchos soldados y ministros de justicia, para que lanzando de allí, aun valiéndose de la fuerza si fuera necesario, á los tres religiosos que lo habitaban, que eran como se ha

dicho, Marcelo de Rivadeneira, Bartolomé Ruiz y Agustin Rodriguez, los condujesen á bordo de la nave portuguesa anclada en el puerto, dando órden igualmente á su capitan, de que por ningun motivo les permitiese saltar á tierra, so pena de incurrir desde luego en la ira del emperador. Y así puntualmente se cumplió, sin atender á las lágrimas de aquellas tres desoladas víctimas al momento de ser arrancadas por fuerza de su propio convento, fruto de sus sudores, y llevados presos y atados con cuerdas á una nave extranjera. Y no fué menos el llanto de toda la ciudad. De los tres, solo logró escapar de la nave, casi milagrosamente Fr. Marcelo de Rivadeneira, el mas robusto de ellos, quien se mantuvo escondido por algunos dias en los bosques y cuevas fuera de Nagasachi, con propósito de reunirse lo mas pronto que pudiera á sus santos hermanos de Meaco y de Osaca. Pero el invierno se hallaba en el colmo de su rigor y él falto de todo lo necesario para mantener la vida; por lo cual, mirando serle ya imposible vivir en tal estado de padecimientos, se presentó á un gentil conocido suyo, rogándole se apiadase de él, y por amor de Dios lo quisiese esconder en algun lugar seguro, como efectivamente lo hizo, llevándolo á una casa muy distante del puerto, donde se mantuvo oculto por algunos dias, provisto de ropa y alimentos. Pero los soldados ya iban en busca del religioso prófugo por diversas partes, y poco faltó para que no cayera de nuevo en sus manos. Por tal motivo, no queriendo Fr. Marcelo que aquel caritativo gentil padeciese daño alguno por su causa, abandonó aquella habitacion y volvió de nuevo á andar errante por los montes y selvas, hasta que agotadas sus fuerzas, y no pudiendo aun mantenerse en pié, creyó morir lejos de los ojos de sus hermanos. Clamó entonces á Dios, que no tardó en venir en socorro de aquel su fiel siervo que tanto habia padecido por la salvacion de las almas redimidas por él con la muerte de cruz.

En efecto, no tardó mucho en que descubriera Fr. Marcelo á algunos cristianos, á los que refiriéndoles sus tribulaciones les suplicó le prestaran algun auxilio. Movidos estos á piedad, lo trasladaron ocultamente en la noche dentro de la misma ciudad de Nagasachi, escondiéndolo en su casa, y prodigándole toda clase de socorros. Pero escrito estaba que no debia reunirse más en esta tierra con sus amados hermanos, de quienes habia sido compañero en todos los trabajos de su vida y en el

cultivo de aquella viña del Señor. Fr. Marcelo, despues de algunos dias de demora en la casa de esos cristianos, creyó mejor refugiarse en la de algunos portugueses, como mas propios para tenerlo oculto, lo que fué lo mismo que entregarse en las manos de los esbirros de Fazamburo; porque éstos, entrando en sospechas llegaron en fin á descubrirlo, y atado como malhechor, fué de nuevo conducido á bordo de la nave de que se hubiera fugado, y allí se mantuvo por mas de sesenta dias junto con sus compañeros Bartolomé Ruiz y Agustin Rodriguez, sufriendo hambre, sed, frio, desnudez, injurias é insultos de toda clase.

Y dejando por ahora esta materia, pasemos á referir en el capítulo siguiente lo que ocurrió durante la última persecucion á los misioneros de la Compañía de Jesus, dando al mismo tiempo alguna noticia de los santos Pablo Miki, Juan de Soto y Diego Kisai, gloria ilustre de la misma, y compañeros, en fin, de los franciscanos en la consumacion del martirio.

CAPITULO XVI.

Los tres mártires de la Compañía de Jesus.

El espresado 8 de Diciembre, los padres Organtino y Francisco Rodriguez de la Compañía de Jesus, de vuelta de Sacay, donde habian acompañado al Illmo. Pedro Martinez que regresaba á Nagasachi, se hallaban en su colegio de Osaca y se disponian á partir á Meaco, lugar de ordinaria residencia, cuando llegando inesperadamente algunos cristianos, les dan la noticia de que el emperador excitado por Yacuino, habia últimamente descargado su cólera contra los misioneros, dando otra vez principio á mas fiera persecucion, de que ya se percibian en la ciudad fuertes rumores y tumultos de gente armada, despachada sin duda para aprehenderlos. Aun no habian acabado de hablar, cuando llegando un paje de Farimandono, gobernador de Osaca, les comunicó haberle dado ya orden éste á su lugar-teniente, de que en el acto pusiese guardias en las casas, así de los franciscanos como de los jesuitas.

A tal anuncio, en medio de aquella reunion de cristianos y religiosos se suscito un tierno contraste de santos afectos, digno verdaderamente de ser recordado para instruccion de los fieles que leyeren esta historia por sí misma ya tan edificante. Porque por una parte aquellos venerables Padres, lejos de desanimarse por semejante nueva, se regocijaron mas bien como de una gracia del cielo, protestando unánimemente todos, su deseo de morir por Cristo, y por la otra, los cristianos, justamente temerosos de que la pobre Iglesia japona quedase enteramente privada de ministros de Dios, les rogaban ardientemente ponerse en salvo, á lo menos por el bien de sus almas; oponiendo á sus fervorosos y nobles votos, nuevas súplicas y ruegos, manifestándoles el abandono en que iban á quedar sus almas. Los